

928
S.

F. 409
.8
S6



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

INTRODUCCIÓN.

LOS vínculos que crean el origen, el idioma y la identidad de costumbres y de instituciones, no han bastado á cimentar entre las Repúblicas hispano-americanas relaciones por tal manera estrechas, que pueda decirse con justicia que existan fuertes lazos de unión, capaces de mancomunar en un momento dado los intereses de todas ellas, para conservar el predominio de la raza, y para dejar incólume su independencia é íntegro su territorio. Manifestaciones más ó menos ardientes, de simpatía, se han dejado escuchar en las grandes crisis, en los períodos de lucha; pero cuando la libertad ha peligrado, cuando enemigos exteriores han invadido algún pueblo hermano, éste ha debido sus triunfos á sus propios esfuerzos, pues se ha visto en total aislamiento, á pesar de que la pérdida de su autonomía habría significado no solamente un

cambio de forma en su régimen interior, sino una amenaza para las demás Repúblicas del Continente. Otras veces, sobreponiéndose á toda noción de justicia el más fuerte ha abusado de la debilidad de su contendor, y después de vencerlo le ha impuesto onerosos tributos sin que se levanten los demás á protestar con tal agravio, ya que no á poner al servicio de una causa noble aunque desgraciada, siquiera fuese la influencia moral del que nunca da su aquiescencia á la violacion de un derecho.

¿Obedece tal conducta, á reprobado egoísmo, á falta de previsión, á carencia de estadistas que sepan distinguir los límites en que un Estado debe detenerse para no inmiscuirse en los negocios de otro? No, ciertamente. La clave para descifrar el enigma, la hemos dado más de una vez, y la encontramos fielmente expresada por un joven y distinguido escritor chileno.

“Si la libertad — dice D. Leonardo Eliz en un folleto que poco há recibimos, — si el progreso en todas sus esferas, son los factores principales del desarrollo de nuestras sociedades americanas: si todas siguen un mismo rumbo y llevan una marcha ascendente, no es porque en su marcha paralela se auxilién mutuamente. Entre ellas existe cierta indolencia y flojedad de relaciones que les impide conocerse unas á otras, para estimarse mejor y valerse recíprocamente, sobre todo, desde el punto de vista de su desarrollo intelectual. ¡Qué mu-

cho que la Europa ignore casi por completo el estado social de la América, si nosotros mismos vivimos extraños unos á otros, desconociendo nuestras situaciones respectivas, nuestros recursos y tendencias, é ignorando hasta el nombre de las notabilidades que nos honran en la política, en las ciencias, las artes y las letras!”

Hace ya unos cuatro lustros que, abrigando el mismo convencimiento que el Sr. Eliz expresa en su reciente publicación, en México D. Ignacio M. Altamirano y el autor de este libro, hemos repetido en nuestros trabajos literarios, que para que pueda llegar á ser un hecho real y positivo la fraternidad de las Repúblicas hispano-americanas, y, consiguientemente, fecundas en bienes para ellas mismas sus relaciones, debía preceder á éstas el conocimiento mutuo de sus respectivas circunstancias. Porque así como en el trato humano ó social para estimarse los individuos necesitan conocerse profunda y no superficialmente, así para que los pueblos fraternicen, no basta la comunión de ideas, y la unidad de origen, idioma, constumbres é instituciones.

De ahí que, buscando un punto de partida para marcar nuevos derroteros á la opinión, para deshacer el hielo que nos separa, el Sr. Altamirano y nosotros, hemos perseguido con tesón el establecimiento de relaciones literarias, el cange de obras, y cuanto pudiera contribuir á despertar, de un extremo á otro de la América

latina, el deseo de conocer la historia y la literatura de cada una de las nacionalidades en ella constituidas. Después vendrán, como natural consecuencia, sin esfuerzo alguno, las relaciones oficiales ó diplomáticas; no de mera cortesía, sí como medio para estrechar sincera y cordialmente los lazos de unión que desde el primer tercio del siglo debieran haber existido.

Torcida interpretación se ha dado más de una vez á esa labor emprendida con nobles y patrióticos fines; no ya por personas de limitada penetración y de miras estrechas, sino aun por individualidades á las que sería injusto y torpe atribuir falta de ilustración y de levantados propósitos.

Dígalo si nó el discurso leído hace pocos meses en el Liceo Mexicano por el joven y ya bien reputado crítico D. Francisco Gómez Flores; discurso que lleva por título *Los líricos sud-americanos*, y que fué leído precisamente en el recinto mismo en que el Sr. Altamirano, con fácil é inspirada palabra, preconizó tantas veces las bellezas de los cantos de esos líricos.

“Adviértese de algunos años á esta parte—dijo el Sr. Gómez Flores,—cierta especie de culto que rinden nuestros escritores á los del Sur del continente, en quienes suponen encontrar más valiosas prendas de originalidad y americanismo. En nuestro afán constante por apocarnos y ternos siempre en menos que los otros pueblos de la tierra, no es de extrañar ciertamente es-

ta tendencia surandina que hoy me limito á señalar sin discutir.

“El culto que menciono no se consagra á toda la literatura meridional, sino á una sola de sus ramas, á la poesía lírica. ¡Los líricos! he aquí los videntes oríficos del hemisferio de Colón! Se les quiere hallar más inspirados que á nuestros líricos, más llenos del espíritu del siglo, más ostentosos de galas de fantasía, más genuinos representantes, en suma, del arte contemporáneo y de las aspiraciones del nuevo mundo. Los imaginan, además, en tan gran muchedumbre, que casi ven, como Lope de Vega

en cada esquina cinco mil poetas

ó en cada fragosidad de los Andes. Repito que sólo señalo el fenómeno, y que no discuto el mérito de los cantores surianos.”

No está en lo justo el Sr. Gómez Flores en las palabras que acabamos de transcribir, como tampoco lo está al desenvolver el pensamiento ó tema de su discurso.

Porque ni debe llamarse, hiperbólicamente, culto al aplauso que se tributa á las producciones intelectuales que responden al bello ideal de los pueblos latino americanos, ni es exacto que sean nada más las obras de los poetas líricos sud-americanos las que hemos que-

rido dar á conocer á la juventud mexicana, ni mucho menos hemos proclamado la excelsitud del ingenio de sus autores para que éstos sean tomados por los modelos más perfectos.

Si del manejo del idioma se tratara, no sería cuerdo hacer recomendaciones de los que voluntaria ó inconscientemente se apartan de los cánones académicos y de las tradiciones clásicas, como sucede casi de continuo en Sud América; pero si se anhela que la juventud que al arte literario se dedica y que está llamada á contribuir á la formación de una literatura esencialmente americana ó exclusivamente nacional, siga nuevas rutas, entonces sí que con sobrada razón indicamos que los escritores y poetas del Sur de nuestro continente dan en sus obras saludable ejemplo. Se necesita no conocer esas obras para negar que por su espíritu y aun por su forma, son más americanas que las nuestras.

Maravillanos, en verdad, que un crítico de inteligencia clara y de variada instrucción y buen criterio, como lo es el Sr. Gómez Flores, haya podido estampar en su citado discurso las siguientes palabras:

“Insensatos seríamos en México si pretendiésemos ser eternamente copistas, ó si en los acordes de una lira más ó menos bien pulsada, cifrásemos todo nuestro orgullo literario. Nuestra originalidad debe brotar de nuestra historia, de nuestras constumbres y de nuestro suelo. La historia de México es tan original por sí mis-

ma, que la originalidad de la materia trasciende por fuerza al escritor, lo que explica la encantadora sencillez é ingénita elocuencia de nuestros cronistas é historiadores, y aun de los que sin ser hijos del país se han ocupado en escribir sobre nuestros asuntos.

“Sea por esta circunstancia de que México es el pueblo que tiene mayor historia en el continente, sea porque haya producido más privilegiadas inteligencias, ó porque ha resuelto ya los más difíciles problemas de su autonomía, es el caso que de algunos lustros acá nuestra literatura en conjunto revela cierto sello de familia, por decirlo así, cierta expresión idiosincrática que ya la singulariza en América. No es posible que se confundan nuestros historiadores y nuestros novelistas, nuestros líricos y nuestros dramáticos con los de ninguna otra nación continental. Hasta el periodismo tiene entre nosotros peculiar estilo y caracteres especiales; siendo palpable que sin dejar de ser castizos, hablamos un lenguaje que no es el usado en España, con multitud de voces indígenas y porción de arabismos y hebraísmos ha mucho tiempo archivados en la madre patria, acaso desde la época de la conquista.

“La proximidad del coloso del Norte, por otra parte, nuestras dos sangrientas pugnas con Francia, las lides intestinas que han desgarrado el seno de nuestra sociedad (que pues la guerra es elemento civilizador según Hegel), lo típico de nuestros hábitos y lo excep-

cional de nuestro territorio, nos colocan en condiciones bonancibles para crear una literatura verdaderamente mexicana, como parece que lo van entendiendo ya nuestros autores, que cada vez más se adhieren á las tradiciones de la patria y á los ideales en que ella cifra su grandeza y su prosperidad futuras."

Si el Sr. Gómez Flores, se hubiese producido como acaba de verse, tratando de combatir la servil imitación, la copia de lo europeo, acaso encontraríamos fundado su razonamiento; más ¿cómo creerlo así, cuando de los líricos sud-americanos se había propuesto hablar con el fin de que los jóvenes que forman el Liceo Mexicano no rindan culto á esos líricos?

Hemos dicho que nos maravillan las afirmaciones del Sr. Gómez Flores, porque á nuestro entender la historia de México no es la mayor ni la más original del continente. De ello puede convencerse cualquiera, con sólo comparar lo que aquí y en el Sur se ha escrito sobre las épocas anteriores á la conquista, sobre ésta, sobre los tres siglos de la dominación española, sobre la guerra de independencia, y finalmente, sobre las civiles é intestinas discordias que desde 1810 hasta hace muy pocos años ensangrentaron la América latina y retrasaron el advenimiento de la era de paz y de progreso á que por dicha nos ha tocado asistir.

¿Mayor, es decir, más extensa y más importante nuestra historia antigua? ¿Por qué? ¿Acaso la civilización

peruana anterior á la conquista, fué inferior á la azteca? Fácil sería demostrar lo contrario.

La heroicidad con que los pobladores de Anáhuac defendieron su patria, ¿fué, por ventura, más sublime, y sobre todo, más constante que la de los araucanos?

La evangélica y nunca bien ensalzada tarea de los misioneros españoles, sus servicios á la humanidad y hasta á la ciencia, puesto que merced á sus afanes se conservaron los datos que á los filólogos modernos han servido para estudiar las lenguas indígenas, ¿fué menos ejemplar, menos grandiosa en el Sur que en el Centro y Norte de América?

La rapacidad, las crueldades de los conquistadores, ¿revistieron distintos caracteres y menor magnitud en el Perú, en Chile, en el Plata, etc., etc.? Las luchas entre frailes y virreyes, los horrores de la inquisición, los males ocasionados por el sistema prohibitivo, la monotonía de la vida en la época del coloniaje, la escasa por no decir nula participación de los criollos en los asuntos públicos, y tantas y tantas otras circunstancias, ¿no fueron siempre idénticas en todos los dominios de España en América?

Si de la epopeya de la emancipación se trata, debemos lealmente reconocer que en el Sur hubo héroes, no más patriotas y esforzados que los nuestros, pero sí más dignos del renombre de grandes guerreros. A Morelos, con ser un genio, no podemos equipararle con

San Martín, ¹ por más que nuestra gratitud y nuestra admiración y nuestro culto á las glorias de la patria nos hagan desear poder colocarle en la cima de la mayor grandeza. Un paralelo entre el *Sitio de Cuautla* y el *Paso de los Andes*, bastaría para demostrar esta verdad, que acaso provoque las iras de los que creen que el patriotismo veda proclamar ciertas superioridades.

Al estudiar nuestra historia contemporánea, comparándola con la de las otras Repúblicas del continente, no descubrimos la originalidad que el Sr. Gómez Flores atribuye á la primera. El mismo cúmulo de desaciertos administrativos, propio de pueblos que no están preparados para gobernarse por sí mismos; la misma ambición de mando, idénticos motines y asonadas para derrocar administraciones antes de que éstas se consolidaran y pudieran desarrollar el plan proclamado; luchas fratricidas, glorias hasta ayer purísimas manchadas hoy, nobles anhelos sofocados por pasiones desordenadas, la prensa convertida en libelo infamatorio, las nulidades elevándose por medio de la intriga y de la adulación; deprimidos los ciudadanos honrados y dignos; la sed de riquezas, la violación flagrante de las le-

¹ Por causas que no debemos desentrañar aquí, atribúyese á Bolívar la emancipación sud-americana. Nosotros creemos que esa gloria corresponde á San Martín. A Bolívar cupo en suerte, como á Iturbide en México, aprovechar los elementos acumulados por otros próceres ilustres más dignos que ellos del renombre de libertadores, como con documentos irrefutables puede comprobarse.

yes..... ¿no son, digámoslo con sinceridad, por bochornoso que sea confesarlo, las manchas que el historiador de los pueblos hispano-americanos severo, pretende en vano ocultar cuando al criterio de la justicia se sobrepone el criterio del patriotismo?

Dos períodos de nuestra historia, sí pueden y deben señalarse como originales y exclusivamente mexicanos: el de la Reforma, y el de la guerra contra la Intervención y el Imperio. Ningún pueblo del Sur puede gloriarse, como México, de haber, aunque á costa de sangre y de sacrificios, consumado la independencia de la Iglesia y del Estado; ni tampoco á nación alguna del mismo Sur ha cabido la gloria de arrojar de su suelo al invasor europeo consolidando para siempre la forma republicana, y ostentándose formidable paladín de la democracia en América. La gigantesca figura histórica de Juárez es exclusivamente nuestra. En esto sí vamos conformes con el Sr. Gómez Flores.

Mas, tiempo es ya de volver al terreno literario, para refutar hasta donde nuestras fuerzas alcancen y hasta donde lo permite la índole de este escrito, las ideas del distinguido escritor D. Francisco Gómez Flores.

Empeñado en probar nuestra superioridad en todo, enumera nueve prosistas sud-americanos y cerca de cuarenta mexicanos, agregando que de estos últimos no cita ni la mitad de los que con justicia podría mencionar; como para dar á entender con esto que juntas to-

das las Repúblicas del Sur no pueden presentar un catálogo de escritores que formen la octava parte de los que son timbres y gloria de México.

Si no conociéramos bien al Sr. Gómez Flores, nos inclinariáramos á creer que con malicia calló los nombres de muchos y muy ilustres prosadores, como los argentinos Alberdi, Gutiérrez, Avellaneda, López, Mancilla, Sarmiento, Mitre, Cané, Argerich, Goyena, Estrada, Wilde, Mármol, Gorriti y otros muchos; como los chilenos Bilbao, Vallejo, Lastarria, los Amunátegui, Barros Arana, Arteaga Alemparte, La Barra, Figueroa, Grez y cien y cien más; como los peruanos Lavalle, Pardo, etc., etc.; como los colombianos Torres Caicedo, Caro, Cuervo, Rivas Groot, Madiedo, Samper, Acosta de Samper y Pombo; como los uruguayos Magariños Cervantes, Fregeiro, Acevedo, y Lamas; como los venezolanos Camacho, Rojas, y Bolet Peraza, y como los bolivianos y paraguayos que no citamos por no extendernos más.

Una noticia, siquiera fuese de los títulos de las obras de los prosadores sud-americanos que así al correr de la pluma hemos recordado, bastaría para el lector menos dispuesto á encomiar la literatura de aquellos pueblos, se convenciera de que no pretendemos mal encaminar á la juventud los que procuramos atraer sus miradas hacia las producciones de nuestros hermanos del Sur. Mas no es necesario acometer empresa tan laboriosa, y mucho menos en este prólogo. Pero lo que sí

es pertinente, es que nos vindiquemos del cargo que podría hacérsenos por la insistencia con que dedicamos nuestros escritos á los escritores y poetas de quienes con tan marcado desdén habló el Sr. Gómez Flores.

Jamás, lo repetimos, hemos recomendado á la juventud que en vez de seguir sus propias inspiraciones se limite á imitar á autor alguno, europeo ó americano, por excelso que sea. Nuestro ideal ha sido siempre la formación de una literatura que revista los caracteres de nacional, y si nos complace la lectura de los libros sud-americanos es precisamente por su color local, por su americanismo, por las semejanzas que desde luego encontramos entre esas producciones y las de aquellos de nuestros escritores que tienen iguales tendencias. Y si deseamos generalizar en México el conocimiento de aquellas, no es porque las consideremos un dechado, sino porque en pos de la fraternidad literaria que su lectura engendrará á no dudarlo, vendrá por modo natural y sencillo la fraternidad política, las íntimas y estrechas relaciones internacionales, y de allí la unión y la fuerza de los Estados hispano-americanos en cuyos destinos futuros tenemos gran fe.

Y no se crea que nosotros somos los soñadores únicos, los solos visionarios. Allí en el mismo suelo sud-americano alientan nobles pechos idénticas aspiraciones, traducidas en multitud de escritos que conocemos. Citaremos algunos nada más, por no parecer prolijos.

D. José Domingo Cortés, chileno, publicó en París (1873) un utilísimo *Diccionario biográfico americano*, obra que si bien se reciente de algunas inexactitudes y de no pocas deficiencias, puede servir de base para la formación de un gran libro de consulta. Pues bien, en el prólogo del *Diccionario* de Cortés, se leen las siguientes palabras:

“Sociedades que en gran parte arranean del mismo origen, constituídas bajo regímenes análogos en su mayoría, con idénticas aspiraciones é intereses armónicos, los Estados americanos deben y tienen que formar una familia. Las malas inteligencias que suelen suscitarse entre ellos, las rivalidades que se suponen en germen, no proceden de otra causa que del aislamiento, fuente de todo egoísmo. Este libro tiene por principal objeto reaccionar contra ese aislamiento, multiplicando y estrechando los vínculos relajados después de la independencia, y haciendo familiares en todos nuestros países los nombres venerados y queridos en cada uno. Este noble fin es el que ha infundido al autor del libro, aliento para emprender su magna obra, y lo que ha mantenido su celo en el curso de la ejecución.”

D. Francisco Lagomaggiore, compilador de la *América Literaria*, antología digna de encomio, publicada en Buenos Aires en 1883, dice en el prefacio del libro:

“La falta de comunicación intelectual entre las repúblicas hispano-americanas, es causa de que sean des-

conocidas entre sí, á excepción de unos pocos escritores eminentes, los ingenios con que cuenta cada una de ellas; lo que es verdaderamente sensible. Este común aislamiento, lejos de estrechar los vínculos que las atan en su pasado glorioso, cuando iniciaron la lucha heroica de la emancipación, los afloja por el contrario, dándonos, como resultado inmediato, la secuestación de Estados que viven en un mismo continente; que fueron en un tiempo opulentas colonias de un mismo y poderoso soberano; que luego combatieron juntos por una misma causa; y que idéntico fin deben cumplir en el tiempo y en el espacio.

“Para remediar de alguna manera semejante estado de cosas, hemos afrontado la seria y penosa tarea de reunir en un haz las producciones de los hijos del norte y del sur de la América, presentando en un volumen la prosa y el verso,—junto al inspirado cantor del *Niagara* el del *Nido de Cóndores*; al lado del de Mitre, el nombre respetado de Alamán. Así, en las páginas de este libro, aunque divididos por las fronteras artificiales que les hemos creado para metodizar nuestro trabajo, se confunden todos ellos en un solo terreno, y se cobijan bajo una sola enseña: la de la fraternidad intelectual.”

Tanto en el *Diccionario* de Cortés, como en la *América Literaria* de Lagomaggiore, se nota vivo empeño por honrar á los mexicanos, y los vacíos que en una y

otra publicación se notan respecto á lo que nos atañe, débense á nuestra incuria ante la cual se estrellan las más de las veces los esfuerzos de los compiladores.

Y no es esto sólo. Guillermo Matta, Cárlos Guido Spano y otros egregios poetas de Sud-América, han arrancado de sus lirás armoniosas notas para celebrar los triunfos de las armas mexicanas en la guerra contra la Intervención y el Imperio; el nombre de Juárez pronúnciase con respeto de un extremo á otro de los pueblos del Sur; las producciones de Acuña, de Flores, de Roa Bárcena, de Altamirano, de Peza y de otros poetas mexicanos son conocidas y celebradas allí, juzgadas por los críticos y reproducidas por la prensa; frecuentemente son obsequiados nuestros escritores por sus colegas del Sur con sus últimos libros, y adviértese en los editores mismos gran empeño por obtener obras mexicanas.

Bien á las claras demuestran esos actos que existe la base principal de la fraternidad, la simpatía, y que con mutuo provecho pueden y deben desarrollarse las relaciones intelectuales que hoy están, puede decirse así, en germen.

A ese fin se han enderezado de continuo nuestros esfuerzos, y si los frutos alcanzados no han sido tan óptimos como era de desearse, culpa ha sido de nuestra insuficiencia y de la falta de colaboradores importantes,

no de la causa abrazada con tanta fe y con tan grande entusiasmo, y con tal perseverancia sostenida.

Lejos estamos de abrigar la pretensión de poder dar perfecta idea del estado actual de la literatura sud-americana con la publicación de los estudios contenidos en este libro, primero de la serie que nos proponemos publicar. La distancia que nos separa del Sur, lo irregular de las comunicaciones, y otras causas que sería enojoso enumerar, nos obligan á escribir con lentitud, toda vez que nos privan de los datos que necesitamos para desempeñar concienzudamente la tarea que nos hemos impuesto. Porque,—debemos decirlo,—no acostumbramos juzgar á autor alguno sino después de haber estudiado con detenimiento sus obras; los juicios ajenos, aducidos por nosotros tantas veces, robustecen los nuestros, les prestan autoridad, mas no nos guiamos por simples referencias.

Expuestos los móviles que hemos tenido para escribir esta obra, réstanos sólo advertir al lector que la colocación de cada uno de los estudios en ella contenidos, no significa, por manera alguna, la intención de dar á pueblo ni escritor alguno la supremacía. Sucede precisamente lo contrario, y el aparente desorden de que pudiera tacharse á estas páginas, obedece al deseo de evitar enojosas rivalidades.

FRANCISCO SOSA.